

resolución contra aquel «horrible fruto de la creencia en la infalibilidad de los antiguos». Según refiere Vespasiano da Bisticci, el Papa Eugenio IV prohibió la lectura de aquel libro, so pena de excomuni6n; y el cardenal Cesarini, que por otra parte foment6 celosamente el Humanismo, destruy6 el libro en cuanto pudo haberlo 6 la mano. Los m6s famosos predicadores de la 6poca, Bernardino de Sena y Roberto de Lecce, previnieron con encarecidas expresiones contra tan inmunda literatura, y quemaron la imagen de Beccadelli y sus epigramas, en la plaza p6blica de Mil6n y Bolonia; y tampoco dejaron de componerse escritos contra 6l por parte del clero. El franciscano Antonio da Rho, compuso en 1432 una larga invectiva contra Beccadelli, cuyo manuscrito se conserva en la Biblioteca ambrosiana de Mil6n (1). El cartujo Mariano da Volterra previno 6 la juventud en un largo poema, contra el infame libro de Beccadelli, y procur6 adem6s oponerle una amplificaci6n po6tica de las Siete palabras de Cristo en la cruz. El erudito minorita Alberto da Sarteano escribi6 una ep6stola exhortatoria 6 los adolescentes de Ferrara, y procur6 adem6s prevenir el influjo del inmundo poeta, con la composici6n de una grande obra (2). Tampoco Leonardo Bruni, Gasparino de Barzizza y otros humanistas, dejaron de reprender 6 Beccadelli.

La irritaci6n que produjo el escandaloso libro fu6 tan grande, que el mismo Poggio, nada escrupuloso en tales materias, amonest6 6 Beccadelli 6 elegir en lo futuro m6s graves asuntos; porque «6 los poetas cristianos no les est6 permitido todo lo que 6 los gentiles»; pero Beccadelli tuvo la avilantez de defenderse contra este suave reproche, que no se le hac6a con mucha seriedad, remiti6ndose 6 la autoridad de los antiguos. Muchos «eruditos, dignos y santos, griegos y romanos»—dice—hab6an cantado cosas semejantes. Catulo, Tibulo, Propercio, Juvenal, Marcial, Virgilio y Ovidio, estaban todav6a actualmente, 6 pesar de

(1) * Cod. B. 124 sup. f. 112-142^b. Cf. Barozzi-Zabardini, Studi 3 ss. 9 ss.

(2) Cf. Tiraboschi VI, 2, 91; Zeno I, 313 s.; Voigt loc. cit. 479 s.; M6ntz, Hist. de l'art I, 305. Reusch, Index I, 28, el cual, por lo dem6s, no nombra al bien enterado Vespasiano da Bisticci, pone en duda la prohibici6n del Hermaphroditus por Eugenio IV, sin dar para ello raz6n ninguna. El poema de Mariano da Volterra contra el Hermaphroditus, en la *Biblioteca Laurent.*, Cod. Gadd. 146 (cf. Voigt-Zippel 32); sus * Carmina de verbis a Christo in cruce prolatis, est6n en la *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*. (Lat. cl. XII. Cod. CXX, 99.)

esto, en manos de todos; y el mismo pr6ncipe de los fil6sofos, Plat6n, hab6a compuesto versos harto livianos. Beccadelli aduce adem6s una serie de fil6sofos y pol6ticos griegos, que se hab6an permitido cosas semejantes y eran, sin embargo, tenidos por virtuosos; y por semejante manera, ya en sus epigramas se hab6a acogido al efugio de que, si sus poemas eran desvergonzados, su vida era con todo eso immaculada (1). Pero si Beccadelli crey6 ser posible tal cosa, la experiencia cotidiana deb6a haberle persuadido de lo contrario. Los m6s abominables vicios, que hab6an sido un tiempo azote del mundo antiguo, y que Beccadelli celebraba ahora en hermosos versos, reinaban en su 6poca en las grandes ciudades de Italia, principalmente en las clases elevadas, como una verdadera peste moral; y los grandes predicadores de la 6poca, entre ellos San Bernardino, pronunciaron especiales sermones contra el vicio que en otro tiempo atrajo el castigo divino sobre las ciudades de Sodoma y Gomorra (2). Adem6s de N6poles, se designa principalmente 6 Florencia y Sena como principal asiento de la m6s relajada sensualidad (3) y en la 6ltima de las ciudades mencionadas fu6 preciso, ya 6 principios del siglo xv, como en otro tiempo en la antigua Roma, que el Estado interviniera para poner un dique al inmoral celibato de los varones (4). Tambi6n acerca de Lucca y Venecia existen testimonios sobre la extensi6n de aquel vicio, que hab6a tenido no poca parte en la decadencia de la naci6n hel6nica (5).

(1) Ant. Panormitae Hermaphroditus, ed. F. C. Forberg (Coburgi 1842) 40. 113. All6 est6 tambi6n impresa la ep6stola 6 Poggio (5-13).

(2) V. Bacci, Prediche volgari di S. Bernardino III, 253 ss. Thureau-Daugin 239 ss. Cf. S. Bernardini Opera I, 105; II, 94-100, 114, 130.

(3) Ant. Panormitae Hermaphroditus 54. Cf. Voigt II³, 465 s. G6demann, Gesch. des Erziehungswesens und der Kultur der Juden in Italien w6hrend des M.-A. (Wien 1884) 217 ss., y Burckhardt, Kultur II⁷, 151 s., el cual nota, por lo dem6s, con mucha raz6n: «Cuanto m6s claras parecen sonar las expresiones en este terreno, tanto es m6s necesario prevenirse contra una demasiado incondicional afirmaci6n 6 generalizaci6n de los hechos.»

(4) L. Fumi, Bando di prender moglie in Siena (Siena 1878).

(5) Respecto 6 Lucca cf. S. Bongi, Inventario del archivo di stato in Lucca (1872) I, 213 s. A la bibliograf6a que sobre este asunto se aduce en el tom. III del presente libro, hay que a6adir todav6a Symonds 393 ss. A 2 de Mayo, 1455, el Consejo de los Diez de Venecia tom6 la resoluci6n siguiente: * «Cum clarissime intelligatur quantum multiplicet in hac civitate abominabile et detestandum vicium sodomitii, unde ad obviandum huic pessimo morbo et ne provocemus super nos iram domini nostri Dei, est totis sensibus et

Como en el orden moral, habíase mostrado ya el influjo destructor del falso humanismo libertino (cuyo representante es Beccadelli) en el orden religioso, de una manera verdaderamente aterradora; pues, al paso que se exageraba del modo más peligroso, el entusiasmo por todo cuanto estaba en relación con el mundo antiguo, se iba viniendo á considerar como únicamente bellas las formas antiguas, y sus ideas como únicas verdaderas; y algunos llegaban al extremo de creer, que la antigua literatura podía satisfacer á todas las necesidades espirituales, y que sólo ella conduce á la verdadera humanidad, queriendo, por consiguiente, resucitar la Antigüedad (y por cierto la Antigüedad decadente, única que entonces se conocía), de una manera total. Claro está que, de tal modo de sentir, había de seguirse prontamente una peligrosa desviación de los modos de pensar y de vivir cristianos (1).

Cino da Rinuccini, en un tratado que pertenece á los principios del siglo xv, dirigió una serie de graves acusaciones contra los partidarios del falso renacimiento; los cuales—dice,—alaban los libros de Cicerón acerca de los deberes, pero no entienden nada de la mortificación de las pasiones y concupiscencias, y de la vida conforme á una verdadera disciplina cristiana; carecen de todo sentimiento de familia, desprecian la santa institución del matrimonio, y viven sin género alguno de orden; huyen de todo trabajo en favor del Estado (ya consista en aconsejar ó en obrar) diciendo, que quien sirve á la comunidad no sirve á ninguno. Con relación á la Teología, alaban desmedidamente los escritos de

ingeniis providendum: vadit pars quod eligi debeant per capita huius consilii duo nobiles nostri mature etatis pro qualibet contrata, qui tales electi sint per unum annum, etc. Siguen los nombres de los varones elegidos para cada barrio (*Sexterium, sestiere*) los cuales han de combatir el mencionado vicio; cf. *Misti dei Dieci* t. xv, f. 49^b—50; Archivo públ. de Venecia. Cf. también P. G. Molmenti. *La storia di Venezia nella vita privata*, 2 ediz. (Torino 1880) 287-288; Graziani 568 y *Les Courtisanes et la police des mœurs à Venise* (Bordeaux 1886). En el C. de Constanza se levantó una general acusación contra los italianos por este vicio; cf. Reber, Hemmerlin 59.

(1) Naturalmente, la posición que *estos* humanistas tomaron respecto á la Iglesia, fué enteramente distinta del criterio que habían defendido los dos iniciadores y adalides del Renacimiento. Acerca del modo como creció más adelante dicha falsa dirección, véase el tomo II de esta misma obra. Pero por lo demás, no se puede hacer responsable á sólo el Renacimiento de la inmoralidad de aquella época; fué, es verdad, cooperador, pero no único autor de ella.

Varrón, y secretamente los anteponen á los de los Padres de la Iglesia católica; y aun se atreven á afirmar, que algunos dioses paganos tenían existencia más real que el Dios de la cristiana fe, y con esto se niegan enteramente á conmemorar los hechos milagrosos de los Santos (1).

Por muy exageradas que puedan ser tales inculpaciones (2), no puede negarse que, entre los representantes del renacimiento libertino, el entusiasmo por los antiguos ejerció un influjo perturbador en las convicciones y la vida cristiana; y ya Petrarca deploraba, que los que confesaban la fe cristiana y la anteponian á la filosofía de los gentiles, eran desacreditados como necios é ignorantes; y que se había llegado hasta el extremo de tener por incompatibles la formación literaria y las creencias (3).

Refiérese del famoso político florentino *Rinaldo degli Albizzi*, que había tenido una disputa con un médico muy instruído en Filosofía, acerca de la cuestión: si la ciencia estaba en contradicción con la fe cristiana; y Albizzi respondía afirmativamente, como un siglo después de él Pedro Pomponazzo, y creía poder documentar su parecer con la autoridad de Aristóteles (4). Carlos Marsuppini de Arezzo, canciller de Estado de la República de Florencia, manifestó abiertamente un gran menosprecio del Cristianismo, y una desmedida admiración por la religión pagana; y perseveró en semejantes sentimientos hasta su fin, refiriendo de él un contemporáneo: «que murió sin confesión ni comunión y no como un buen cristiano» (5).

(1) La invettiva de Rinuccini, ha sido impresa en el «Paradiso degli Alberti», ed. A. Wesselofsky I, 2, 303-317. Cf. Janitschek 10.

(2) Geiger en *Göttinger Gel. Anz.* 1880 p. 694 ha acentuado contra Janitschek, que el impugnador, para que sus ataques parezcan más fundados, traza una verdadera caricatura del partido contrario, y que esto conviene á Rinuccini. Voigt, por el contrario, admite sin dificultad la descripción de éste (*Wiederbelebung* II, 474).

(3) Cf. Körting I, 426-427.

(4) *Commissioni di Rinaldo degli Albizzi* III, 601-618. Reumont, *Lorenzo de Medici* I^o, 394.

(5) Es significativo para dar á conocer la fuerza del movimiento humanístico, el que se permitiera el entierro de este hombre en S. Croce. Cf. Mazzuchelli, *Scritt. d'Italia* I, 2, 1004; Tiraboschi VI, 2, 375; Villari I, 106 y Voigt I^o 314. Sobre Marsuppini véase ahora principalmente el trabajo de Zippel, por desgracia publicado sólo en un folleto de ocasión. Zippel, C. Marsuppini (Trento, 1897). De los pasajes aducidos por el autor (23) no puede sacarse nada con certidumbre en favor de los sentimientos cristianos de M.

Es cierto que sólo algunos se adelantaron tanto (1), y los más, por el contrario, cuando se vieron en el trance de la muerte, abandonaron sus hueras especulaciones, dando en ellos lugar la confusión de las ideas, á una penitente conversión hacia los dogmas de la fe. Aun hombres como Codro Urceo, Segismundo Malatesta, Pomponio Leto y Maquiavelo, buscaron antes de su fin el consuelo y auxilio, en aquella misma Iglesia, de la cual en su vida y modos de pensar, se habían alejado tanto, y cuyas gracias y bendiciones habían tan resueltamente puesto en duda en sus escritos; y murieron, después de hacer una penitente confesión, auxiliados con los consuelos de la Iglesia (2).

Verdad es que en su vida, los partidarios del falso renacimiento se mostraron, casi sin excepción, indiferentes hacia el Cristianismo, considerando sus clásicos estudios y su antigua Filosofía como un mundo enteramente divorciado de la fe de la Iglesia, y sin ningún punto de contacto con ella. Por respetos de prudencia humana ó conveniencia, se manifestaban todavía adictos á la Iglesia cristiana; pero interiormente estuvieron más ó menos alejados de ella, y muchas veces, con la victoria de aquel falso humanismo, quedaron socavados, en sus entendimientos y corazones, los fundamentos de la moral y de la fe (3). Los literatos y artistas de dicha escuela vivían aún en el soñado mundo ideal del clasicismo, y desde la cumbre de su orgullosa formación humanística, miraban con aristocrático menosprecio hacia el mundo inferior de la vida cotidiana, esforzándose todo lo posible por evitar sus necesidades, sus luchas y solicitudes, con un egoísmo refractario á

(1) Esto acentúa, con razón, V. Rossi, *Quattrocento* 45.

(2) Frantz, *Sixtus IV.* 187; Müntz, *La Renaissance* 14 s.; Fiorentino 210 y Hipler 74. Respecto á Maquiavelo cf. especialmente Villari III, 324 s. Sobre Codro Urceo v. Burckhardt II^o, 226 s. y la Monografía de C. Malagoia, *Della vita e delle opere di Antonio Urceo detto Codro* (Bologna 1878) 191; sobre S. Malatesta cf. Tonini V. 324. Sobre P. Lätus v. *Vierteljahrsschr. für Kultur der Renaissance*, N. F. IV, 217.

(3) Lechler II, 500-501. Körting I, 193-194; III, 245. Baumgartner 472. 487 s. Mancini, Valla 229. *Arch. st. ital.* 5. Serie XI, 443. Rossi, *Quattrocento* 10. 45. Burckhardt, *Kultur* II^o, 228, dice: Los más debieron vacilar interiormente entre la libertad de pensar y los restos del Catolicismo en que se habían educado, y en lo exterior, por prudencia se mostraron también adictos á la Iglesia. Muy oportunamente observa Hettner (57): que no es propio de la índole de los latinos escrutar á lo Fausto; se rodean las cuestiones dogmáticas sin resolverlas, y se viene á una libertad de pensar insulsa ó á una tibieza hipócrita.

todo sacrificio (1). Fué peculiar á toda aquella gente, una desmedida satisfacción de sí propios, sintiéndose como hombres escogidos y perfectos. Excesivamente vanos y ansiosos de gloria, nunca se consideraban suficientemente reconocidos; y en algunos, como por ejemplo Filelfo, se convirtió muy pronto en idea fija, que eran el genio de su época, y que la tierra había de moverse en torno de ellos, porque hablaban en Griego y escribían un Latín elegante (2). Con la boca y la pluma llenas de frases estoicas, eran aquellos humanistas extraordinariamente codiciosos de dinero y comodidades, ávidos de honra y admiración, disputándose la privanza de los nobles y los príncipes, sin poderse sufrir los unos á los otros, dispuestos á toda intriga, á toda calumnia y á toda bajeza, cuando se trataba de arruinar á un rival aborrecido (3).

Genuino representante de este falso humanismo fué Poggio Bracciolini, escritor lleno de talento y «el más afortunado descubridor que conoció el mundo en el campo literario»; fué, en cuanto hombre, la más repugnante figura de su tiempo, juntando en sí casi todos los vicios del falso renacimiento: su profunda inmoralidad y su malignidad vil, se disputaron en él la primacía.

El criterio de Poggio (sin que puedan suscitar dudas sobre esto algunas expresiones incidentales de contrario sentido), fué más pagano que cristiano; la Iglesia y el Cristianismo estaban totalmente excluidos de su esfera. Veneraba tan ciegamente la Antigüedad pagana, que sin duda alguna hubiera cedido todos los tesoros de la Dogmática, por un nuevo discurso de Cicerón (4); y un tes-

(1) Weiss, *Apologia* III, 918, quien además expone el influjo de esta escuela en el arte de una manera muy ingeniosa. Cf. acerca de esto Cantú I, 188.

(2) Cf. Voigt, *Wiederbelegung* I^o 352. 512: II^o, 363. Burckhardt, *Kultur* I^o, 218 Anm. 2. Vossler, *Poet. Theorien der Früh-Renaissance* (Berlin 1900) 64. Rossi, *Quattrocento* 10. Brandes 5. Con frecuencia manifiestan los humanistas de esta escuela semejante arrogancia y complacencia en sí propios, con una estupenda avilantez. Así, por ejemplo, cuando Poggio, de quien en seguida hablaremos, dice en su * *Invectiva in Nic. Peróttum*: «Senectutem ego meam ita ad hanc diem produxi, ut omni pudore honestetur, omni careat dedecore, ut nulli sit in ea locus impudentiae», etc. Cod. 17 f. 42 Plut. XLVII de la *Biblioteca laurenciana de Florencia*.

(3) Körting III, 157. Voigt, *Wiederbelegung* I^o, 327, Burckhardt, *Kultur* I^o, 296 ss. Schnaase VIII^o, 536.

(4) Voigt, *Enea Silvio* I, 197; v. también Villari I, 96 ss. Reumont Lorenzo I^o, 381. Lilly 5. El retrato de Poggio, escultura de Donatello, nos da una imagen singularmente expresiva y llena de vida de este vanidoso, malicioso é ingenioso varón. Semper 13; cf. Müntz, *Hist. de l'art* I, 21. Sobre la vida de

timonio importante de este su modo de pensar pagano, ó por mejor decir, indiferentista, es su conocida epístola sobre la condenación de Jerónimo de Praga en el concilio de Constanza, en la cual habla Poggio de Jerónimo con el mayor entusiasmo, sin que por esto pueda de ahí inferirse, que aprobara las opiniones del hereje; al contrario: la idea de un héroe de la fe, era tan ajena de este partidario del falso renacimiento, como la idea de un hereje; y lo que él admiraba en Jerónimo era una cosa enteramente distinta; es á saber; el ánimo con que se dirigió á la muerte, le traía á la memoria á Catón, á Mucio Scévola, y pensaba, que la elocuencia de aquel desgraciado ante el Concilio, era digna de compararse con la de los antiguos. De la resolución de la Autoridad eclesiástica, prescinde Poggio en absoluto, y sólo incidentalmente lamenta, que un tan notable ingenio hubiese incurrido en la herejía, «si es verdad—añade—lo que se le ha achacado». Pero esta duda queda al momento suprimida con la frase fríamente desdeñosa: «Juzgar acerca de esto, no es de mi incumbencia, y me tranquilizo con el juicio de aquellos que son tenidos por sabios» (1).

Las obscenidades y bajezas en que se complace Poggio, en casi todos sus escritos, son de todo punto repugnantes; y en tal concepto, merecen especial reprobación, al lado de sus «*Facetias*», su carta, escrita con fría y aristocrática inmoralidad, sobre la desenfrenada vida que se hacía en los baños de Baden (2), y sus libelos contra Filelfo y Valla. «Como un pilluelo callejero»,

Poggio cf. principalmente la obra de Shepherd. *Life of Poggio*, refundida en italiano y aumentada por T. Tonell. 2 tomos (Florenz 1825). Una nueva edición de las Cartas de Poggio, completa y apoyada en estudio de los manuscritos, la prepara en Berlín el Director general A. Wilmanns, á cuya bondad debo el haber podido utilizar el II y III tomo de la colección de las Epístolas de Poggio, arreglada por Tonelli, que es extraordinariamente rara. El mismo Reumont, *Lorenzo I*³, 381, no conoce el III tomo.

(1) El maravilloso escrito ha sido con frecuencia impreso, apud Tonelli I, 11-20. Respecto á su inteligencia cf. Voigt, *Enea Silvio* loc. cit.; Villari I. 97 y Hettner 170. De un modo raro habla también Eneas Silvio Piccolomini sobre la ejecución de Jerónimo: *Hist. Boh.* c. XXXVI.

(2) De balneis prope Thuregum sitis descriptio. *Opp.* 297-301. Editado en francés y latín por A. Méray, *Les bains de Bade* (Paris 1876). Cf. D. Hess, *Die Badenfahrt* (Zürich 1818), y *Archiv für österr. Gesch.* XXI, 143. 149. Sobre las *Facetias* (Les *facéties* de Pogge trad. en français avec le texte latin), Paris, Liseux, 1878. Nueva traducción francesa de Pierre des Brandes, Paris, 1900. Cf. *Giorn. d. lett. ital.* XXXVII, 405 ss.) v. Voigt, *Wiederbelegung II*³, 14 s. 412 f., y Landau *Ital. Novelle* 68 s.

dice el historiador del Humanismo (1), «se lanza aquí Poggio á los más feroces insultos y viles calumnias contra sus adversarios», y no hay oprobio alguno que no eche en cara á los dos mencionados humanistas, siendo la mayor parte de sus frases intraducibles (2).

Produce una impresión extraña, el que un escritor de este jaez, cuya vida, al propio tiempo, ninguna cosa era menos que decente (3), se arrogue la autoridad de juzgar las corrompidas costumbres de monjes y clérigos. Ninguna expresión es, para Poggio, bastante acerba y ofensiva, para estigmatizar la avaricia, la ignorancia, la hinchazón é inmoralidad del clero; y principalmente son las personas religiosas, contra quienes se dirigen sus burlas y escarnios en innumerables pasajes de sus obras (4). En este respecto, contienen insultos especialmente acres sus diálogos sobre la avaricia, sobre la miseria humana, y su escrito contra los hipócritas. «Hay un género de religiosos—se dice en él,—que se llaman frailes mendicantes; aunque, á lo que parece, se proponen reducir á los otros á la mendicidad, viviendo ellos perezosamente y á costa del sudor ajeno. Algunos de éstos añaden á su nombre el de *observantes*. Yo no concibo qué clase de felicidad puede atribuirse á todos éstos, y sólo sé, que la mayor parte de aquéllos que se llaman minoritas, y añaden á esta denominación la de *observantes*, se compone de groseros labriegos y mercenarios perezosos, á quienes nada importa la santidad de la vida, sino procuran sólo huir el trabajo» (5). Aun en sus sermones,

(1) Voigt, *Wiederbelegung I*³, 336.

(2) Así juzga Raumer *I*³, 40. Sólo las obras de Poggio, opina Burckhardt (*I*⁷ 297), contienen bastantes inmundicias para motivar un justo prejuicio contra toda la caterva. Villari (I, 102) dice, después de considerar las Invectivas que lanzaron uno contra otro Valla y Poggio: Dejemos este terreno lleno de basura. Cf. Además Ch. Nisard, *Les gladiateurs de la république des lettres* etc. 2 vols. (Paris 1860) y Fiorentino 202.

(3) A los cincuenta y cinco años abandonó Poggio á la mujer con quien hasta entonces había vivido y que le había dado 14 hijos, para casarse con una muchacha de una familia distinguida, y defiende este proceder suyo en el Diálogo: *An seni sit uxor ducenda*. Una composición en latín elegante, dice Villari (I, 101), bastaba para resolver los más difíciles problemas de la vida y tranquilizar las conciencias. Con esta ocasión hemos de notar un error de Burckhardt (*Kultur II*⁷, 188), pues hace aquí á Poggio eclesiástico, por más que Vespasiano da Bisticci dice expresamente: «Non volle attendere a farsì prete.» Mai, *Spicil.* I 547.

(4) Geiger, *Renaissance* 104. Invernizzi 91 s. Gaspary II, 123 f.

(5) *Opp.* 102.

según la opinión de Poggio, no buscan los frailes la salud de las almas enfermas, sino el aplauso y favor del pueblo necio, al cual entretienen y mueven á risa, abandonándose para esto á su ignorante locuacidad, y pareciendo antes monos que predicadores (1).

Para formarse concepto de cuán escandalosa caricatura sea la que por este modo traza Poggio de las personas religiosas, es menester recordar, que precisamente las Órdenes religiosas produjeron en Italia, en el siglo xv, una serie de predicadores de penitencia, cuya divina vocación y poderosa eficacia ha conquistado, aun después de tantos siglos, el aplauso, incluso de aquellos que tienen diferentes ideas religiosas. Traspasaría los límites de la presente narración, el querer enumerar completamente la tan notable como extendida bibliografía de la oratoria, y los excelentes y numerosos representantes de una elocuencia genuinamente popular, en la época del Renacimiento; por lo cual nos limitaremos á nombrar aquí á los más célebres predicadores populares de la Orden franciscana: Bernardino de Sena (m. 1444), Alberto da Sarteano (m. 1450), Jacobo della Marca (m. 1476), Juan Capistrano (m. 1456), Antonio de Rímimi (hacia 1450), Silvestre de Sena (hacia 1450), Juan de Prato (hacia 1455), Antonio de Bitonto (m. 1459), Roberto de Lecce (m. 1483), Bernardino de Feltre (m. 1494), Miguel de Milán (hacia 1470) y Antonio de Vercelli (m. 1483) (2).

(1) Voigt, *Wiederbelebung* II^o 219. Aquí y en Geiger, *Renaissance* 104 s., se han reunido además otros pasajes de este género. Contra Voigt hace valer, á mi juicio con razón, Norrenberg, en *Hülenskamps Litt. Handweiser* 1882 (P. 16) y en su *Litteraturgeschichte* (II, 10) que no se ha de dar demasiada importancia á las contiendas de los humanistas con los Mendicantes y otras Órdenes religiosas. En realidad, cuando Poggio manifiesta el deseo de ser enterrado en la iglesia de los Franciscanos de Santa Cruz de Florencia, y permite que sus dos hijos se consagren al estado eclesiástico (el mayor de ellos se hizo dominico, y su padre sólo se oponía porque le hubiera dedicado de mejor gana á los estudios de humanidades, no por aversión al estado que abrazaba), no es posible admitir que sus ataques contra los religiosos tuvieran por fundamento el antagonismo que han querido ver en ellos algunos modernos. Cf. también Villari I, 99 y Fiorentino 211.

(2) Referencias sobre los mencionados en Wadding, *Script. ord. Min. (Romae 1650)* y Sbaralea, *Suppl. script. Francisc. (1806)*; Cf. también Chevalier, *Répert.*, en los nombres respectivos. V. además C. Valacca, *Antonio da Bitonto*. Trani 1898 (en el Apéndice un Breve de Eugenio IV). Sobre los sermones de R. da Lecce cf. Toraca, *Studi di storia lett. nap. (Livorno 1884)*. En la Orden dominicana se distinguieron como predicadores además de C. Dominici, especialmente Juan de Nápoles (m. 1460), Gabriel Barletta (m. 1470)

Incansablemente recorrían estos varones las ciudades y aldeas de Italia, para predicar en todas partes, á numerosos auditorios, y muchas veces con maravilloso éxito, la conversión y la penitencia, la beneficencia y la concordia. Las iglesias no eran con frecuencia bastante espaciosas para contener las muchedumbres de oyentes, los cuales se reunían en parajes abiertos, donde una multitud de millares de personas aguardaba horas enteras la llegada del predicador. Pendientes de los labios del misionero, atendían todos á las palabras apostólicas, y sólo interrumpían los largos sermones, con los sollozos, ó los clamores de ¡misericordia! La genuina popularidad de los oradores, sus conmovedoras imágenes y comparaciones, y su santa vida; todo contribuía juntamente para producir los más extraordinarios efectos; y no sólo el pueblo sencillo, sino aun las personas constituidas en dignidad y los mismos príncipes, sentíanse arrebatados por la magia de estas predicaciones.

El propio autor de aquella verdaderamente apostólica predicación, fué San **Bernardino de Sena**. Este gran discípulo de San Francisco, pertenece al número de aquellos varones que, como el seráfico poeta del himno al Sol, con el fuego de la caridad influían en las multitudes, á las cuales encendían con el ardor de su propio corazón (1). La abnegada actividad de San Bernardino como predicador, casi no tiene ejemplo. En más de cien lugares de las más diferentes provincias de Italia, anunció la palabra de Dios: «*el dulce Nombre de Jesús*» (2); aquí sólo durante algunos días; allí durante semanas enteras; y toda su vida, toda su actividad era un continuo predicar. «Padre, he anunciado tu nombre á todo el mundo.»—Esta sentencia pudo escribir Pinturicchio, con perfecto derecho, en el fresco de Santa María de Araceli, donde representó, con profundo é íntimo sentido, la glorificación

(cf. Echard I, 820. 844), M. Carrieri y, finalmente, Savonarola; como sólo tratamos aquí de los principios del Renacimiento, nos hemos de limitar, respecto á este violento orador, á remitirnos al tercer tomo de esta obra.

(1) Reumont III, 1, 69. A la bibliografía antigua, aducida por Chevalier, 288, se han agregado recientemente los trabajos que utilizan el material inédito, de Olmi (*L'apostolo dell'Italia nel 15 secolo*. Siena 1888) y Alessio (*Storia di B. d. S. Mondovi*, 1899), así como el hermoso libro referente en particular á la actividad de Bernardino como predicador, de Thureau-Dangin (París 1895). Cf. también Monnier II, 191 ss.; L. Petrocchi, *Massa Marittima* (Firenze 1900).

(2) Véase el conjunto en Alessio 488 ss.